

ERWIN SCHRODINGER,  
*Ciencia y humanismo*,  
Barcelona, Tusquets, 1985 (Cuadernos Ínfimos, 126).

Resulta sorprendente que unas conferencias dictadas en 1950 puedan tener una vigencia tan grande todavía hoy. Claro que la sorpresa se relativiza cuando el autor, Premio Nobel de Física en 1933, apuntala buena parte de sus tesis en el pensamiento atomista y especialmente en Demócrito. Pero no hay que pensar por ello que se trata de una visita de cumplido a los filósofos griegos, ni mucho menos. Por el contrario, es una visita obligada para tratar de resolver alguno de los problemas epistemológicos con que se encuentran la ciencia, particularmente la física, y los científicos en sus particulares desarrollos.

Este texto —del autor que es sin duda la estrella de la serie Metatemas de Tusquets, a juzgar por el número de títulos suyos publicados con anterioridad (*¿Qué es la vida?* y *Mente y materia*) o cuya publicación está anunciada (*Mi concepción del mundo*)— viene a representar un esfuerzo notable por abandonar las posturas estrictamente científistas a partir de la constatación de su ineficiencia respecto de determinado tipo de problemas. Y lo que es más de agradecer es que viene hecho desde alguien al que difícilmente puede acusársele de anticientífico o de ignorante de los procedimientos e instrumentos.

Resultan especialmente sugerentes las reflexiones respecto de la noción de *continuum*, noción que ha presidido y preside todavía buena parte de las modelizaciones científicas, y cuya pervivencia, a juicio del autor, sólo puede entenderse como manifestación del «horror al vacío» expresado por la mayor parte de la tradición científica desde prácticamente sus albores.

Asimismo, es claramente provocador de inquietudes su discurso sobre la relación entre sujeto y objeto de conocimiento. Resumirlo es un ejercicio de empobrecimiento que, obviamente, aquí no vamos a realizar. Simplemente queremos mencionarlo para que todo aquel que en algún momento se

haya planteado cuestiones parecidas sepa que en este texto va a encontrar, no la solución a su problema, sino un marco referencial agudo y pertinente que probablemente le permitirá detectar alguno de los falsos problemas que acompañan normalmente a tales cuestionamientos.

En definitiva, un texto que puede poner nervioso a más de uno, en particular a aquellos que no estén dispuestos a aceptar inquietudes adicionales o a quienes no se les haya ocurrido pensar nunca en las limitaciones e insatisfacciones del llamado conocimiento científico.

JOSÉ LUIS CRESPÁN ECHEGOYEN